

Teresa de Jesús: reformadora y mística

Santiago Madrigal Terrazas, SJ

Académico de Número de la Real Academia de Doctores de España. Profesor de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. smadrigal@comillas.edu

An. Real. Acad. Doct. Vol 1, (2016) pp.4-9 .

1. PREÁMBULO: CINCO SIGLOS DESPUÉS DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS

Quinientos años después de su nacimiento, Santa Teresa de Jesús (1515-1582) sigue provocando el asombro cultural y espiritualmente. Así lo indicaba Gustavo Martín Garzo, en la cuarta página de El País del sábado 11 de octubre de 2014, en un bello artículo titulado «La esposa de la canción», para subrayar que «cinco siglos después de su nacimiento seguimos leyéndola con gozo»¹.

El escritor vallisoletano ahonda en este punto: Teresa habla del Dios en el que cree como la esposa del *Cantar de los cantares* habla de su amado. Su Dios no es una idea abstracta, como el Dios de las religiones, sino que tiene una dimensión humana. Y recurre a ese pasaje del *Libro de la Vida* (29, 13), que habla de sus visiones y narra uno de esos encuentros, aquel que bien pudiera haber servido de inspiración a Bernini para esculpir la famosa imagen de la transverberación y del arrobamiento teresiano:

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal (lo que no suelo ver sino por maravilla). [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. [...]. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la

¹ Por eso, el objetivo último de estas reflexiones es la invitación a leer los textos mayores de la Santa: el *Libro de la Vida* (1565), *Camino de perfección* (1566), el *Libro de las fundaciones* (1573-1582), las *Moradas o castillo interior* (1577). Cf. TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000 (5ª. Edición).

suavidad que me pone ese grandísimo dolor que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartado. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento».

El literato castellano, psicólogo de formación, afirma que los pasajes en los que Teresa narra sus arrobamientos y sus raptos nada tienen que ver con los delirios de un psicótico. Un delirio es un sueño que no se puede compartir. Teresa, que es capaz de narrar esos encuentros, es más bien esa amante que sufre trastornos y llega a enfermar en su camino de perfección. La Santa de Ávila es «como el trapecista que vuela a lo alto, pero sabe que tiene que descender, ocuparse de sus monjas, de su escritura, de sus compromisos con el mundo y con su propia fe». Y remacha: «Por eso, quiere reformar el Carmelo, para hacer frente a esos compromisos. Para ella un convento es un lugar donde vivir». Hemos tocado así el tema propio de estas reflexiones: la esposa del Cantar «reformadora y mística».

2. BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA: “ANDABAN LOS TIEMPOS RECIOS”

Antes que nada situemos la figura de esta gran mujer en esa época convulsa que fue el siglo XVI, una centuria sacudida decisivamente por la Reforma protestante y marcada por sus vaivenes bien recapitulados en la sencilla cláusula transmitida por la Santa: «andaban los tiempos recios» (*Vida*, 33, 5)².

Nació en 1515, hija de Beatriz de Ahumada y Alonso Sánchez de Cepeda, y, como seguramente ella misma sabía, descendiente de judeoconversos. Su abuelo paterno había sido penitenciado por la Inquisición toledana (1485). La familia se vio obligada a abandonar un floreciente negocio de paños en Toledo y a trasladarse a Ávila. Tuvo once hermanos y sufrió una primera crisis de salud con 17 años, de modo que estuvo dos años casi paralítica, sufriendo horribles padecimientos físicos. Como don Quijote de la Mancha y S. Ignacio de Loyola se enfrascó en libros de caballería. Esta mujer hizo frente a su padre que no la quería ver monja, ingresando en el monasterio de la Encarnación en 1536. Pronto vuelve a caer enferma. Teresa emprende un camino de intensa oración; sin embargo, durante un largo proceso, entre 1540 y 1554, su vida fluctúa entre sus inclinaciones naturales, que le llevan a cultivar sus amistades y pasatiempos en el locutorio, y las exigencias de una vida para Dios, que la apremia a dejar aquellas conversaciones y entregarse de lleno a la oración. Pronto se va a encontrar con confesores que no la entienden, que ponen bajo sospecha su intensa oración que adopta la forma de la oración silenciosa o mental, que en la terminología teológica de la época se denominaba «recogimiento». Tuvo visiones místicas del Señor y, poco a poco, fue perfilando un proyecto reformador del Carmelo. Ella misma se adelantó, a instancias de sus mejores confesores, a poner por escrito, a sus 47 años, su

² Véase: T. EGIDO, «Ambiente histórico», en *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002, 63-155. D. DE PABLO MAROTO, *Santa Teresa de Jesús. Nueva biografía (Escritora, fundadora, maestra)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2014.

autobiografía, el *Libro de la Vida*, que luego sería examinado minuciosamente por la Inquisición. Tras luchar por encontrar la paz interna y su voz espiritual, había iniciado en Ávila, en 1562, su aventura fundacional, con el nuevo convento de S. José. Muere en Alba de Tormes el 14 de octubre de 1582.

Teresa vive durante el llamado Siglo de Oro español, una época de apogeo de la cultura española en la que la monarquía católica de Carlos I y Felipe II alcanzan su máximo poderío económico, militar y político. Ahora bien, el siglo XVI sirve de escenario a una grave crisis religiosa, que sirve de acicate para iniciar la reforma del Carmelo. Escribe al comienzo de su libro *Camino de perfección*, ([CV]1,2):

«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho esos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera hacer algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y, como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fueran buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo».

3. TERESA DE ÁVILA, LA REFORMA DEL CARMELO Y LA RENOVACIÓN DEL CATOLICISMO

Esta mujer contemporánea de Erasmo y de Lutero, de S. Ignacio de Loyola y de S. Juan de la Cruz, fue plenamente consciente de los graves acontecimientos de su tiempo. Conforme avanza el reinado de Felipe II, Castilla «cerrada a Europa, se abre al cielo, con su sistema férreo para interceptar toda injerencia ideológica exterior que oliese a herejía; con el Santo Oficio de la Inquisición tan popular como temido para ahogar brotes internos, es el hecho que explica también el sentido de la obra de Teresa, que se engarza originariamente, más que con Trento, con fuertes corrientes reformistas, anteriores a Lutero»³.

Basten estos datos incompletos para remachar esta idea directriz: Teresa de Jesús es una de las personalidades de la reforma católica en medio de la gran crisis suscitada por la reforma protestante, con sus episódicos reflejos hispanos de los autos de fe de Valladolid y Sevilla, o en el famoso *Índice* del inquisidor general Fernando de Valdés (1559), que mandó quemar los libros sospechosos y entre ellos, muchas obras espirituales de las que se había nutrido la Santa de Ávila. Merece la pena recurrir a un texto que refleja ese estado de cosas, del que brota una profunda experiencia mística:

«Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos y yo no podía ya, por dejar los escritos en latín; me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré*

³ *Ibíd.*, 72.

libro vivo. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones. Después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar!» (*Vida*, 26, 6).

La obra reformadora de Santa Teresa, la restitución y recuperación ascética del Carmelo primitivo, brota en primer término, de dentro, del hondón de su alma, de su experiencia de Dios, como enseguida vamos a recordar. Ahora bien, su empresa espiritual hunde sus raíces en las corrientes de renovación del catolicismo, que se remontan a la llamada *devotio moderna*, de finales del siglo XIV, con su impulso de la meditación metódica y cristocéntrica; por otro lado, en el siglo XVI han florecido nuevas formas de vida religiosa, como los hermanos de la vida común y las primeras congregaciones de clérigos regulares anteriores al nacimiento (en 1540) de la Compañía de Jesús: los teatinos en 1524 y los capuchinos al año siguiente; los barnabitas en 1523 con su rama femenina de las angélicas de S. Pablo; Angela Médici creó el instituto de las ursulinas en 1535. En una palabra: la Iglesia católica conservaba fuerzas vivas y posibilidades de renovación. En este cuadro histórico Teresa de Ávila refulge como el prototipo del papel de la mística y de la vida religiosa femenina en la renovación del catolicismo⁴.

En su reforma del Carmelo iniciada en 1562, Santa Teresa es deudora, en primer término, del viejo reformismo hispano. Esta mujer es la hija de una España que exhibía en la primera mitad del siglo XVI una vitalidad religiosa asombrosa, donde los monarcas habían velado por la residencia de los obispos en sus diócesis y donde se había puesto en marcha una reforma interna gracias al cardenal Cisneros († 1517). Ahí está el inmenso trabajo sobre la Biblia apadrinado por el cardenal Cisneros y que dio lugar a la Políglota de Alcalá (1514). El retorno a las fuentes encontraba otra forma de expresión en los reformadores de la vida monástica y religiosa bajo la inspiración de la *devotio moderna*. Junto a la Universidad de Alcalá, florecía la de Salamanca que se había convertido en una pequeña Roma. Era allí donde Francisco de Vitoria impartía sus famosas *Lecciones* sobre las Indias y sobre el derecho de guerra (1538-1539). En aquel momento la Universidad salmantina desempeñaba en la Europa que seguía siendo católica el papel teológico que en el siglo XIII había ostentado la de París. Un buen número de doctores de Salamanca han participado en el Concilio de Trento. No se debe al azar que la Península Ibérica haya visto nacer a Santa Teresa, a San Juan de la Cruz, a San Ignacio de Loyola.

Una de las obras mayores de Santa Teresa es *Camino de perfección*, de carácter muy práctico, y de amplia difusión desde su primera edición (1566), cuyas primeras destinatarias fueron las carmelitas descalzas de S. José de Ávila. Esta obra, que Teresa redactó dos veces, es un manual para la reforma de la Iglesia, que se sitúa en el proyecto reformista iniciado por las fuerzas vivas de la Iglesia y del Estado en la España de mediados del siglo XVI. Daniel de Pablo Maroto ha

⁴ G. BÉDOUELLE, *La reforma del catolicismo (1480-1620)*, BAC, Madrid 2005, 101-111.

investigado a fondo el mensaje central del libro, el camino de la oración, y la posición de la autora respecto a sus adversarios doctrinales, con sus intencionalidades ocultas y sus resonancias históricas, llamando la atención sobre su audacia de escritora: «Ponerse a escribir ella para enseñar, aunque sólo fuese a sus monjas, parecía una osadía pocas veces vista en una Iglesia fuertemente androcéntrica y una cultura tradicionalmente misógina»⁵. Para entonces ya había terminado el libro de la *Vida*, que contenía muchas indicaciones y consejos sobre la oración, pero era materia reservada y peligrosa en aquellos años.

4. LA REFORMA INTERIOR DE SANTA TERESA DE JESÚS

Ya habíamos dicho que Teresa había iniciado su aventura fundacional en Ávila en 1562. Desde ese momento, las dos últimas décadas de su vida transcurren en una actividad frenética, escribiendo y fundando, hasta su muerte en Alba de Tormes en 1582, a los sesenta y siete años. Teresa se ha consagrado hasta su muerte a una reforma para «sus hijas», que centrará en la observancia de la clausura y la pobreza. Frente al monasterio enorme, como el que ella había conocido en la Encarnación, ella erigirá conventos reducidos; la desigualdad social y las diferencias económicas se borrarán con una igualdad absoluta; las frecuentes salidas del convento se solucionarán por la clausura tridentina. Así nació un nuevo estilo de vida carmelitana orante. La mística teresiana es la mística cotidiana de las pequeñas cosas, de modo que la presencia divina se acaba colando por cualquier rendija de la existencia diaria. Es lo que dice a sus monjas: «entre los pucheros anda el Señor» (*Fundaciones*, 5, 8).

Ella fundamenta la renovación, tanto personal como comunitaria, en la práctica y en la enseñanza de la oración, que ella transformará en doctrina mística. Teresa fue, a la vez, una activista y una mística, alguien para quien lo que de verdad cuenta es el amor que siente en su relación con ese Misterio inefable que llamamos Dios y que percibe en la figura de Cristo. Recordemos lo que escribió como si levitara: «Cuando el dulce Cazador / me tiró y dejó herida, / en los brazos del amor / mi alma quedó rendida; / y cobrando nueva vida / de tal manera he trocado, / que mi Amado es para mí / y yo soy para mi Amado».

Hace algunos años, Juan Martín Velasco exponía el núcleo de la experiencia teresiana de Dios al hilo de la cláusula «búscame en ti – búscate en mí», escuchada por la Santa en oración y que debería servir al esclarecimiento del misterio de Dios y del misterio del ser humano en la relación que los une. Su experiencia puede ayudar a responder a la angustiosa pregunta que resuena a nuestro alrededor y quizás también en nuestro interior: ¿Dónde está tu Dios? Buscar a Dios en sí y buscarse a uno mismo en Dios. De esto nos habla Teresa. «Nuestro problema es el problema de santa Teresa y sus respuestas pueden, por eso, ser las nuestras»⁶.

Ella ha hecho la experiencia de darse prácticamente por vencida en la sequedad de su oración. Quisiera seguridad y tiene conciencia de vivir en la ilusión. El presupuesto de esta búsqueda y el impulso para no cejar en el intento es un presupuesto primero y básico: que Dios está en todas las cosas. Un presupuesto

⁵ Véase: «Camino de perfección», en *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, o.c., 414.

⁶ *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995, 119-148; aquí: 123.

ontológico que está a la base de toda posible experiencia de Dios. Ahora bien, sin el paso por la experiencia propia y personal sólo se conoce a Dios de oídas (Jb 4, 25). Pero además del conocimiento de Dios nace el conocimiento de sí, y del conocimiento de sí, el conocimiento de Dios. Escribe en la primera de las *Moradas* (I, 2, 9): «Jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios», «mirando sus grandezas acudamos a nuestra bajeza». En este proceso desempeña un papel especial la conversión del corazón, el salir de sí mismo, es decir, «dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quiera de ella».

La Santa confiesa en diversas ocasiones su condición de iletrada en teología; sin embargo, su experiencia de Dios a partir de la conversión se hace más intensa para hablar más desde Dios que sobre Dios: «Tenía yo algunas veces, como he dicho, aunque con mucha brevedad pasaba, comienzo de lo que ahora diré: acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en El» (*Vida*, 10, 1).

Una de las peculiaridades de la experiencia teresiana de Dios es el papel mediador insustituible de Jesucristo que incluye la relación con su humanidad. Es la tesis que sostiene como tema central del capítulo 22 del libro de la *Vida*: «la humanidad de Cristo es el medio para la más subida contemplación»⁷. Por ello se ha dicho que con ella comienza la mística realmente a ser cristiana. Ella ha puesto de manifiesto lo que luego formuló de manera magistral K. Rahner: el eterno significado de la humanidad de Cristo para nuestra relación con Dios. La Santa lo expresó en estos términos: «Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor, he visto claro que por esta puerta (de la humanidad) hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana majestad grandes secretos» (*Vida*, 22, 6). Cristo es el maestro de Teresa, Él es su «libro vivo».

⁷ Santa Teresa lo retoma después en el capítulo 7 de las sextas *Moradas*: «A mí no me harán confesar que es buen camino» dejar la humanidad de Cristo (6M, 7, 5).